

GABY: DOCE CENTIMET

GABY, eres una chica maravillosa. Pero...

A la muchacha le dio un salto el corazón.

—¿Pero qué?

—También eres inteligente. Se puede estar charlando contigo las horas muertas sin cansarse. Pero...

—Vamos. Dílo ya.

—De acuerdo. Sabes que hace unas semanas hemos hablado de casarnos. Yo lo he estado pensando muy a fondo. Y no puedo, Gaby.

Ella se lo esperaba. Y sabía por qué. Rolf, su novio, no quería que su mujer fuese más alta que él, y Gabrie-

le media 1,90 m. de estatura. En todos los sitios donde aparecía, Gaby suscitaba curiosidad e hirientes comentarios a causa de su metro noventa.

Incluso en su casa, su madre le decía muchas veces:

—Gaby, siéntate para que te podamos ver mejor.

Su madre creía que lo mejor era tomar estas cosas por el lado humorístico. Su padre, en cambio, prefería consolarla de otra manera.

—Querida hija, eres así porque Dios lo ha querido. Tienes que con-



El profesor Gerhard Küntscher es director de la Clínica Portuaria de Hamburgo. En 1940 ideó el método de unir, por medio de un clavo, fracturas de los huesos y poco después inventó la famosa fresadora ósea intramedular. Ahora las autoridades le obligan a jubilarse sin que las muchas protestas recibidas hayan logrado revocar una decisión tan insensatamente tomada.

LA CIRUGIA ACORTA LA ESTATURA

Gaby llegaba a todas partes. Podía poner las cortinas sin necesidad de escalera. A la derecha, un instante del aserramiento de una muchacha. Un médico controla por la TV de los Rayos X la introducción del clavo en el fémur acortado. Es un procedimiento para «acortar» gigantes, normalizándolos.

formarte. Lo que importa no son las apariencias, sino los valores internos del hombre.

Después de dejar a su novio con la palabra en la boca, se dirigió a grandes zancadas a su casa. Al llegar, su madre le dijo:

—Tenemos visita, amigos de tu padre. Son gente encantadora, pero van a estar hablando toda la tarde de negocios. Si quieres estar con ellos, pasa, pero creo que te vas a aburrir.

Ese tono ya lo conocía Gabriele: le indicaban suavemente que no entrase, porque su aparición podría per-



ROS MENOS

turbar el clima de la conversación, a causa de su humanidad.

Gaby no entró. Subió a su habitación, se tiró sobre la cama y lloró amargamente. Esa misma tarde escribió una larga carta a una revista femenina, explicando su caso y pidiendo consejo. Pero le contestaron como mofándose. Le indicaron que se afiliara al «Club de los altos».

* * *

Pasó una amarga primavera, habiendo visto a su antiguo novio una sola vez en una cafetería, acompaña-

do de otra. No se dirigieron la palabra.

Gaby estudiaba germanística y filosofía. Había decidido dedicarse de lleno al trabajo, para no tener ratos libres en que pudiese recordar su problema.

Un buen día, estando ante el tablero de anuncios de la Universidad, oye a sus espaldas:

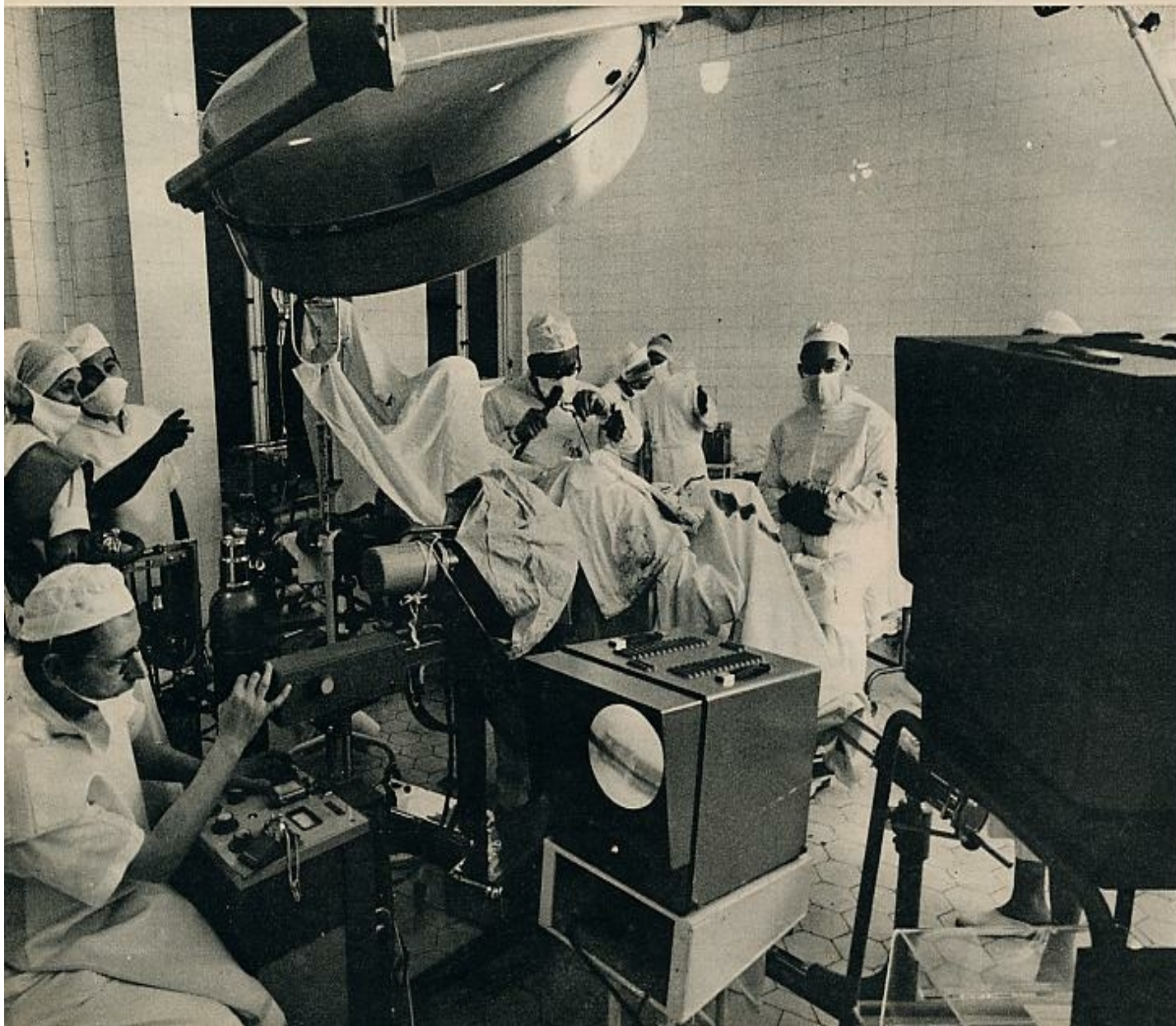
—Chico, ¡menuda altura! Le vendría bien a Küntscher.

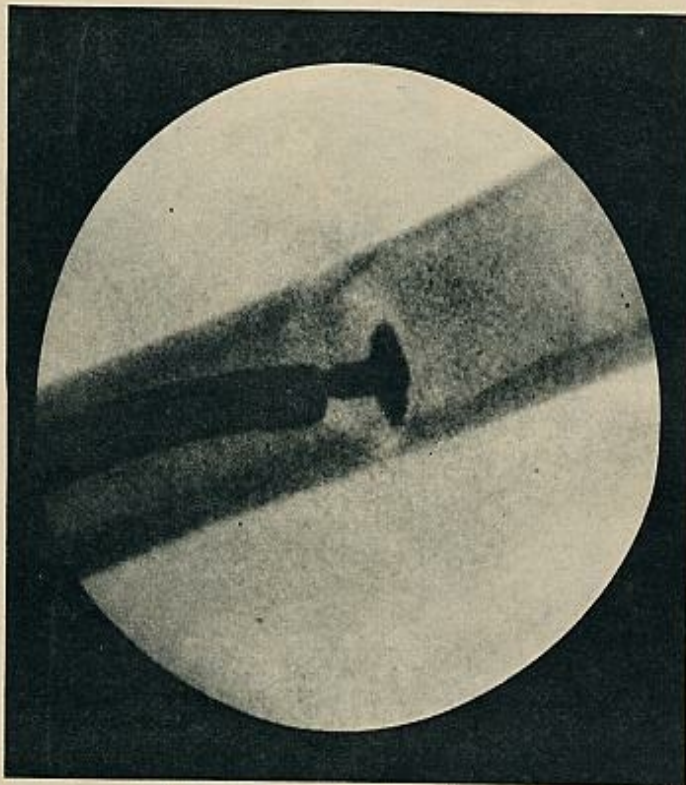
Ella se vuelve rápidamente. Sus nervios vibran.

—¿Qué ha dicho usted? **SIGUE**

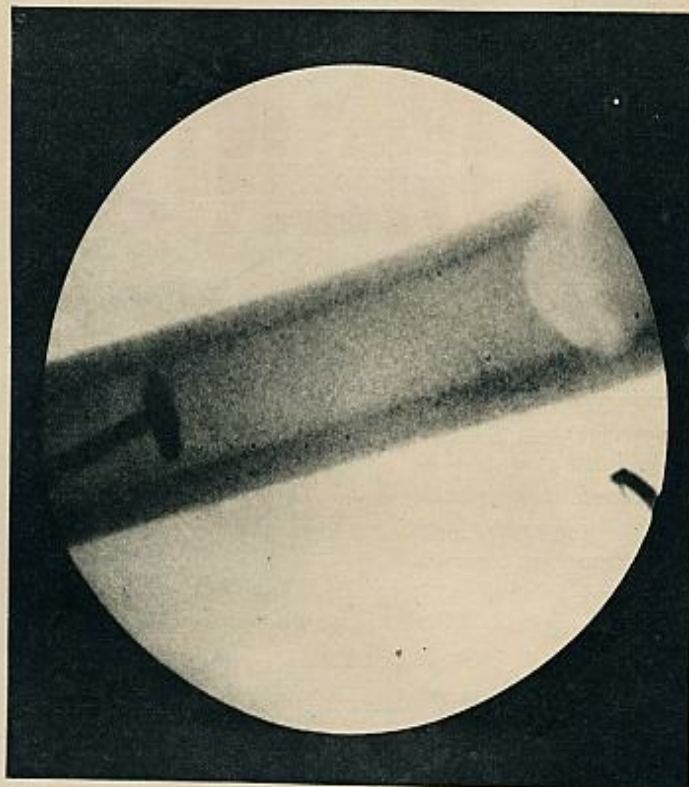


Las piernas de Gaby terminaban veinte centímetros más arriba de lo normal. A los dieciséis años era más alta que ninguna de sus compañeras y maestras de clase.





La fresadora gira en silencio en la cavidad medular. Con 6,000 revoluciones por minuto va cortando el tubo óseo. La paciente no siente ningún dolor.



Se trabaja al milímetro. La fresadora se retira doce centímetros y se vuelve a poner en marcha: es el segundo fresado realizado durante la intervención.



Con un gancho especial se termina de separar la porción de hueso seccionado y el asistente la retira aparte. Más tarde será absorbida por el organismo.



Este es el momento en que el cirujano comienza a introducir el clavo en el hueso para sujetar los dos extremos medios del mismo después de quedar acertado.

Detrás de ella había dos estudiantes. El más bajo se pone todo colorado. Su amigo, algo confuso, le explica:

—Perdone usted, señorita, mi amigo no quiso ofenderla. Hablaba de Küntscher, un osteomatólogo profes-

or nuestro que ha inventado un procedimiento para acortar los huesos sin dolor.

Así tuvo Gaby noticia del doctor Küntscher, que sería su salvación.

Vendió su coche, y con el dinero

obtenido fue a la consulta de este doctor para tratar de operarse.

Nada más recibirla, el doctor le dice:

—Señorita, siento tener que decepcionarla, pero no hago operaciones de belleza.

—No quiero ninguna operación de belleza. Lo único que desco es que haga de mí una mujer normal.

—Vaya, vaya. ¿Qué hay en usted de anormal?

—Lo que ve, doctor. Mi estatura. Por favor, ayúdeme.

consulta secreta

Ya está otra vez el dilema. El doctor, cada vez que ha tenido que despedir a una paciente, se ha formulado la misma pregunta: ¿dónde está el límite entre una operación cosmética y la ayuda quirúrgica necesaria? Hace un par de semanas operó a un hombre que medía dos metros con seis. Ese caso era claro, porque el paciente daba con la cabeza en los marcos de las puertas, y no cabía ni en el autobús ni en el taxi. Pero, ¿y con esta chica? Un metro noventa, para un hombre, es una estatura relativamente normal, pero para una mujer...

—Doctor —dice ella—, tengo dinero suficiente. He vendido mi coche para esta operación. Pagaré lo que sea.

—Eso carece de interés para mí —forzando el cuello para verle la cara, añade—: Siéntese, por favor.

Se sientan.

—Doctor, he venido aquí en secreto. Mi padre opina que Dios ha querido hacerme así, y no quiere saber nada de una operación.

—Quizá tenga su padre razón.

—¿Entonces qué sucede con el que viene al mundo jorobado? ¿Es eso también una operación de belleza? ¿Es eso meterse en los designios de Dios?

—Una anomalía de la columna vertebral es otra cosa. Usted está sana. Usted no sufre.

—¿Que no sufro? No lo sabe usted bien, doctor.

A la media hora sale Gaby de la consulta. El doctor ordena a su secretaria:

—Apunte para el jueves: señorita Gabriele Werner, osteotomía de ambos fémures.

el asombro de gaby

Tres días después estaba Gabriele en la mesa de operaciones. Poco antes de surtir efecto la anestesia, mira hacia la pantalla de un televisor, donde aparece la imagen de su fémur visto por Rayos X. Le resulta extraño.

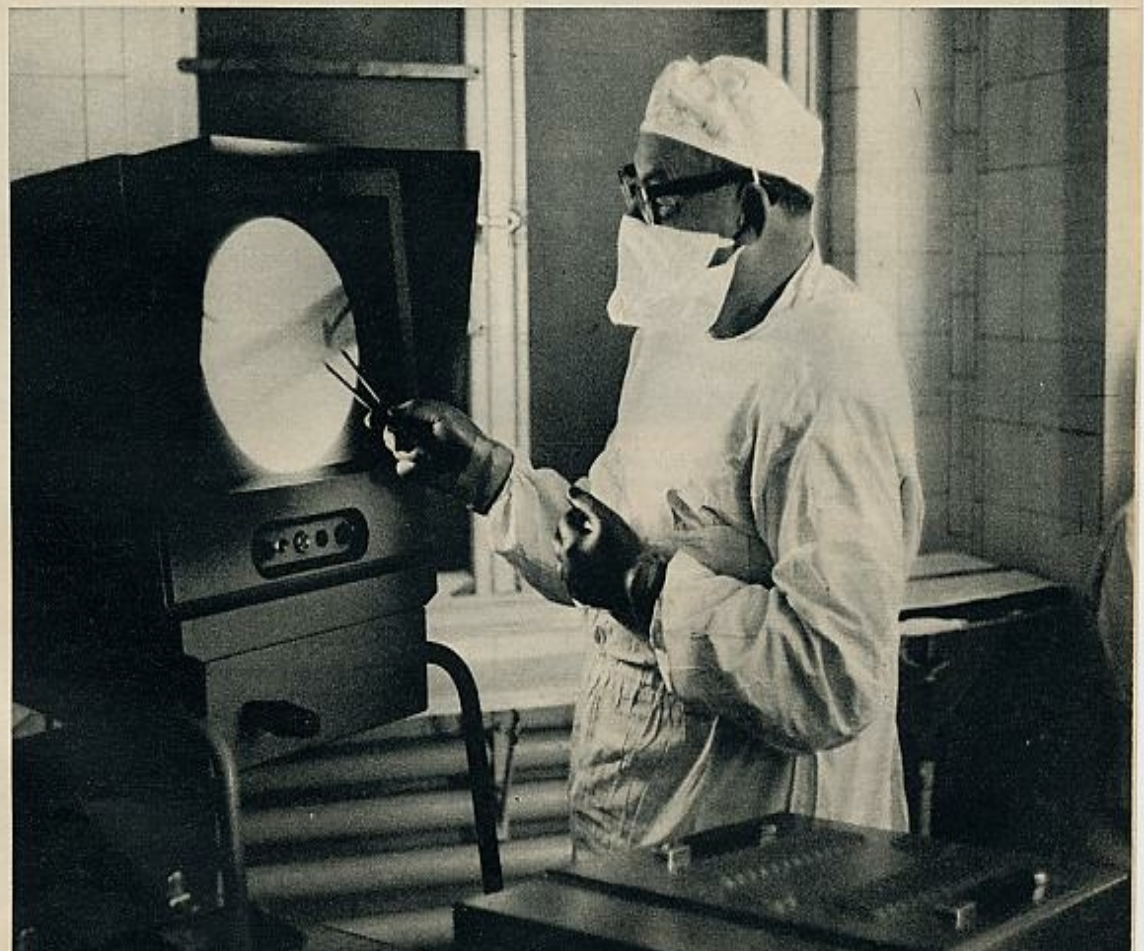
El profesor Küntscher comenzó a operar, como había comenzado incontables veces. Tanteó el trocánter mayor del fémur y practicó una incisión lo suficientemente grande para llegar al borde superior del trocánter. Desde ahí llegó a la médula, cuya cavidad ensanchó con

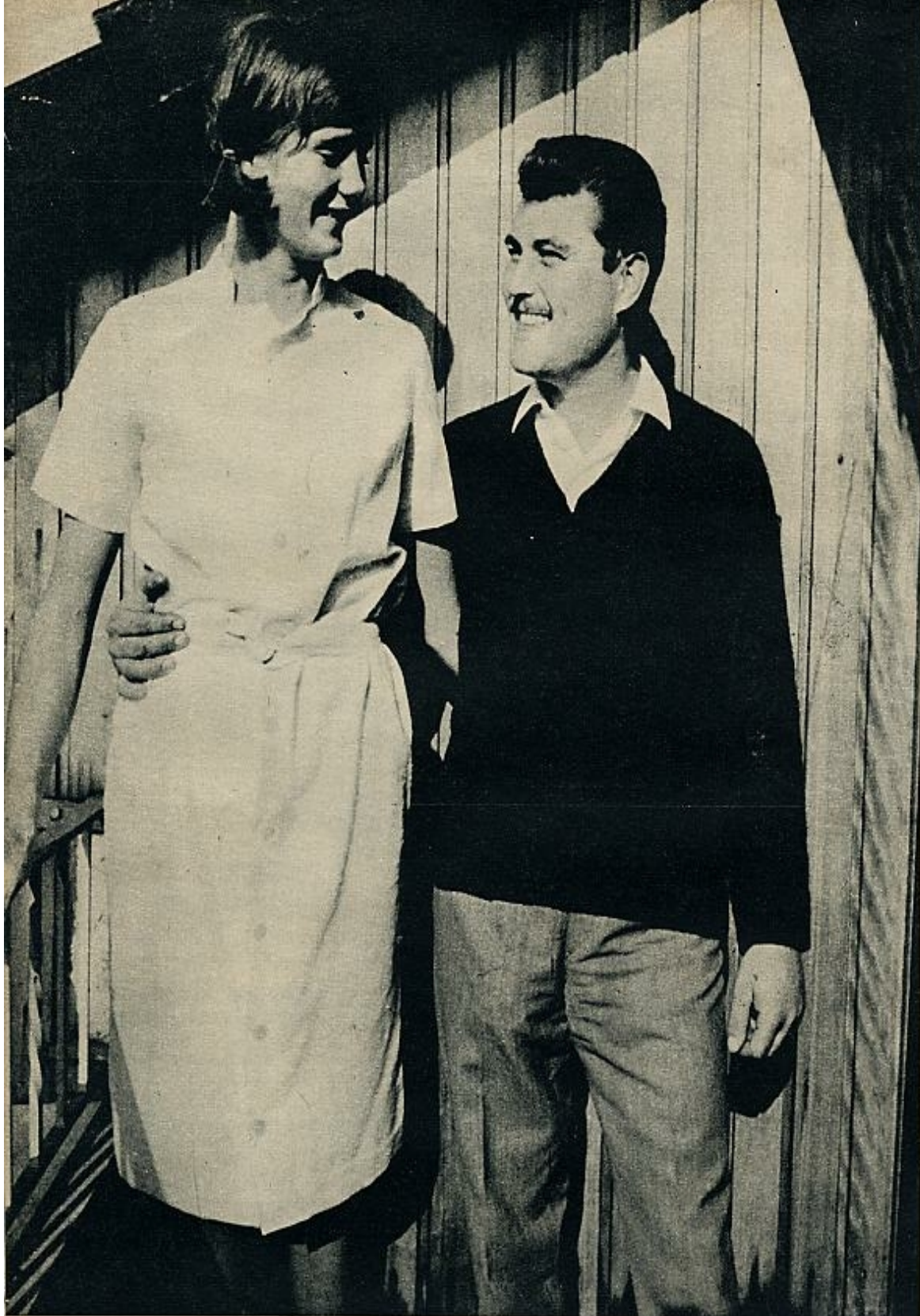
SIGUE

LA CIRUGIA ACORTA LA ESTATURA



Con este aparato se acorta la estatura humana. Se trata de una minúscula fresadora cuyo diámetro es poco mayor que el de una moneda de diez centímetros. Abajo: un cirujano observa en la televisión de los Rayos X la acción de la fresadora.





—Yo muy bien, doctor. Pero estaba pensando, ¿fui operada esta mañana?
 —En efecto. Y muy satisfactoriamente.
 —¿Y dónde? No tengo ningún vendaje.

una minúscula herida de dos centímetros

El doctor sonrió:
 —Ya se lo he explicado. Pero esto

... Pero Gaby fue operada y Rolf vol-
 cioso, como la llamaban, es hoy



El novio de Gaby, especialmente cuando ésta se ponía zapatos de tacón, tenía que mirar hacia arriba para verle los ojos. Por eso no quería casarse con ella. Pensaba que su esposa debía ser más baja de estatura que él. El noviazgo fue roto.

un perforador. Entonces introdujo la fresadora interna, cuya posición iba controlando por el televisor de Rayos X.

El motor eléctrico, con un ruido semejante a un susurro, comenzó a funcionar, y la diminuta fresadora a girar en torno a su eje inclinado. Así fue cortando el hueso, a una velocidad de 6.000 revoluciones por minuto.

El proceso se repitió a doce centí-

metros de distancia. Küntscher retiró la fresadora, y el asistente retiró la porción de hueso seccionado a un lado, juntando a la vez los extremos libres.

El profesor introdujo entonces el clavo de acero, que mantendría unidas las dos mitades del hueso cortado. Con dos puntadas cerró la incisión inicial y, mirando a sus colaboradores, dijo sólo:

—Muchas gracias.

Apagaron el televisor, y la paciente fue sacada del quirófano.

* * *

Gabriele despertó de la anestesia. Ningún dolor. ¿He sido operada o no? Se tantea el muslo, y sólo nota piel lisa y sin heridas. No se lo explicaba. ¿Acaso no había estado por la mañana en la mesa de operaciones?

Mientras pensaba en esto se abrió la puerta y entró el profesor.

—¿Cómo te sientes, hija?

LA CIRUGIA ACORTA LA ESTATURA

me pasa siempre. Los pacientes se niegan a creerlo. La cicatriz de la operación es sólo de dos centímetros, y está situada junto a la parte inferior del pubis. Le puse un esparadrapo encima. Levante las sábanas. Mírese las piernas.

Se miró las piernas y quedó asustada.

—¡Por Dios!

—Es curioso, ¿verdad? Ahora tie-

ne usted una pierna doce centímetros más corta que la otra. El segmento de hueso seccionado ha quedado junto al empalme. En un par de meses desaparece, absorbido por el cuerpo, porque ya no tiene ninguna función.

—¿Y los músculos? ¿Hace falta acortarlos también?

—Es usted una muchacha inteligente. Piensa en todo. Pero de eso se encarga la madre Naturaleza. Los

músculos se restringen rápidamente, y dentro de cinco meses podrá usted tomar parte en cualquier olimpiada deportiva, si es que lo desea.

—No, mi ambición no llega tan lejos. Me basta con poder andar normalmente.

—Usted podrá correr, saltar y bailar como cualquier otra chica de su edad.

—Pero antes tendrá que acortarme la otra pierna.

—Me haré un nudo en el pañuelo para que no se me olvide.

Cuando el profesor se hubo marchado, Gabriele levantó otra vez las sábanas. Era terrible verse una pierna más corta que la otra. Pero no recordaba haber sido más feliz en su vida.

Cinco semanas más tarde abandonó la clínica portuaria de Hamburgo. Su estatura era ahora de 1,78 m. Llevaba una pequeña maleta, y fue a pie hasta la estación del metro. Disfrutaba de poderse mover entre gente de su misma estatura y de poder mirar a personas más altas que ella. Ya no suscitaba asombro. Sólo un par de jóvenes la miraron con interés. Pero era a causa de su tipo, que había sido siempre de primera categoría.

Llegó a casa al anochecer. Al pasar por el café donde solía ir su novio, no pudo resistir la tentación de entrar. El no estaba, pero al salir, se lo encontró en la puerta.

Rolf se la quedó mirando asombrado:

—Perdone, yo pensé..., yo creí... —quiso pasar de largo.

—¿Qué pensabas, Rolf?

—Gaby, ¿eres tú de verdad?

—Naturalmente, ¿quién si no?

La miró desconcertado.

—¡Te has hecho por lo menos diez centímetros más baja!

—Doce, para ser exacta.

—No lo entiendo.

—Pregunta entonces a un estudiante de medicina. El te lo podrá aclarar. En pocas palabras: cirugía ósea. Exactamente, osteotomía intramedular. Profesor Gerhard Küntscher, clínica Portuaria de Hamburgo. Y ahora me despido. Tengo que ir a casa, a consolar a mi padre por haber intervenido en los designios divinos.

(Reportaje gráfico RADIAL-PRESS)

